

ACOTACIONES DEL MOMENTO

EL EJÉRCITO

Un Ejército, no es más que un hombre con infinitos brazos.
CRONWELL.

Aprovechando las presentes circunstancias, que son de un gran oportunismo para «el brazo armado de la patria», no queremos eludir la tentación de consagrarle unas meditaciones. Puede hablarse del ejército en un doble sentido: bajo la forma que pudiéramos llamar de colorido callejero y bajo su significado de trascendencia doctrinaria. En el primer aspecto, el ejército queda sencillamente circunscrito a un motivo literario, muy del agrado de las gentes ingenuas y felices; desfile de músicas brillantes, centelleo de hojas toledanas, fulguración de correajes, vulturas irradiaciones de metales, ruido marcial de espuelas, tumulto de batallas, estrépito tronante de cañones, relinchos de caballos, alaridos de muerte, aureolas de gloria y regueros de sangre. En el segundo aspecto es necesario aquilatar esencialmente el significado del ejército, interpretando sus principios con ejemplar rectitud. Algo de esto, es lo que nosotros nos proponemos consignar con un espíritu de lealtad que nuestra conducta no puede dejar en entredicho.

El pueblo y el ejército han de vivir en una compenetración de aspiraciones absoluta, teniendo en cuenta que, si el ejército es «el pueblo en armas», el pueblo no es otra cosa que «el ejército en reserva». Por eso en la frase «anhelo nacional»—tan sobada y resobada, sin una conciencia clara muchas veces de su fondo—deben confundirse los sentimientos del pueblo y los sentimientos del ejército, porque ambas manifestaciones, ambas «fuerzas»—pueblo y ejército—son una misma cosa: la Nación. El ejército, al servicio inmediato del Estado «oficial», es garantía de los intereses nacionales, constituye la defensa de los intereses nacionales, de las determinaciones legítimas de la voluntad nacional; pero si el Estado, contra el sentir generalizado de la Nación, pretendiese utilizar al ejército para el logro de móviles exclusivistas e impopulares, éste debe entonces, en buenas doctrinas de moral pública, y científicamente discutiendo, inclinar el filo de sus armas ante el fallo de la Nación, inapelable y soberano. Es decir; que cuando el Estado deja de representar a la totalidad de la Nación, por no poder, no saber o no querer interpretar sus mandatos; el ejército, lícitamente, debe apoyar al pueblo... No seamos, en este crítico razonamiento, más explícitos.

Los señores de «la nueva aurora» que ahora apunta en España, tienen en sus manos un «sagrado depósito» de muy delicada textura. Muchos estiman que la espada,—parodiando la frase de un escritor ilustre—ejercerá de vara de Moisés, a cuyo mágico conjuro comience a brotar el agua redentora de una gloriosa etapa de bonandanzas máximas. Muchos entienden que el actual procedimiento de acción política, ha de labrar una nueva era de venturas en los destinos de la patria, marcando definitivamente una pauta de pros

peridades deslumbrantes... Muchos, muchos baten palmas en devoto homenaje a las enérgicas orientaciones de ese nuevo puñado de voluntades que se han impuesto la tarea de imprimir a España un nuevo rumbo todavía inconcreto... El Ejército, en el presente caso, obra como un factor excepcional. De otro modo...

El verdadero campo de acción del ejército, radica en las hazañas que nos describe la Historia, en ese impulso de bravura, en ese sacrificio de la vida, en ese *quid divinum* que agilita el alma cuando se lucha, sobre todo, en propia defensa... El bello rasgo de la defensa propia—nuestro cuerpo en peligro, nuestro hogar al borde de su ruina, nuestro espíritu amenazado de deshonra—es de una sublime exaltación, de una grandeza radiante y vigorosa. El objetivo del ejército, considerado en abstracto, tiene su especialidad en la preparación para esta índole de empresas, que pueden traducirse en infinitos beneficios para el patrio territorio.

De muy diversas formas se ha enjuiciado acerca del ejército, conforme a las ideas o tendencias que cada cual abraja. No pretende incurrir **La Tierra Hidalga**, al tratar este asunto, hoy un poco escabroso, en recordar siquiera las aseveraciones de un Tolstoy, o de otros tratadistas semejantes, relacionadamente al tema que tratamos. Pero sí ha de proclamar sin reserva su opinión íntima, noble y fundamentada, de que las normas del ejército es indispensable concuerden y se fundan en el crisol de los postulados democráticos, que, pese a todos los obstáculos, siempre triunfarán radiantemente... Los hombres de educado espíritu en las esferas del derecho público, de aguda perspicacia política, convergen en la anterior afirmación. Quien vea lo contrario, padece una ofuscación o una miopía deplorables...

El ejército, en suma, y en ello hacemos hincapié especialísimo—no puede ignorar que a mayor que sea su contacto con las aspiraciones populares, como defensor y reivindicador de éstas, mayor será su eficacia ponderativa y mayor su arraigo en la Nación. Toda empresa levantada y grande se engendra, se desarrolla y vence, al amparo de su propia fuerza; con energía, con empuje, con valor, como «un sólo hombre con infinitos brazos», según la frase de Cronwell... El valor, cualidad inherente al ejército, por encima de todo. Sin la llama ideal de ese valor,—conforme afirma un autor notabilísimo—, sin la llama ideal de ese valor, «llave de oro que abre todas las puertas», ni Colón hubiese descubierto América, ni Hernán Cortés hubiese quemado sus navíos, ni Mucius Scévola su brazo, ni César hubiese atrevesado al Rubicón, ni Aníbal hubiese llegado a Roma, ni Dido a Cartago, ni Jesús el Galileo, con sólo abrir los brazos y expirar sobre un leño, hubiese removido y cambiado de arriba a abajo los elementos del mundo...

Jacobo ROLLA.

PAJARITAS DE PAPEL

LOS «TENORIOS»

Estos días autumnales son propicia coyuntura para que «Don Juan Tenorio» luzca su apuesta figura, y es rara la «compañía», que a este «tipo» legendario de la «fauna» teatral, no exhiba en el escenario; en cambio, en la vida real, es bien patente y notorio, que con frecuencia excesiva vemos hacer el «tenorio», pues desde el prócer ilustre al entrometido hortera, no hay hombre que no presuma de «gallardo y calavera», y, emulando las hazañas del «burlador» «zorillista», se pasan la vida entera puestos en «plan» de conquista, siendo su campo de acción tan dilatado, que abarca, «desde la Princesa altiva a la que pesca en ruín barca».

No rige una norma fija estas «gratas expansiones», porque hay diferentes modos de «rendir los corazones»; a los que son «por natura», agraciados y junciales, les basta para rendirlos con sus «prendas personales»; mas, si no lo son, con «pasta» suplen «tan nimio detalle», porque el mismo D. Juan, dijo: «Con oro, nada hay que falle!»

Los hay que hacen el «tenorio» mejor que Calvo y que Vico, derrochando en sus conquistas mucho «jarabe de pico», y otros que, «menospreciando las frases incandescentes», «argumentos conmovedores», porque, aunque parezca extraño, mujer hay que no se entrega, en amoroso deliquio, mas que al «socio» que la pega.

Es la «fiebre» «donjuanesca», tan extendida dolencia, que igual ataca a los viejos, que al que está en la adolescencia, y aunque, según un adagio de sabor rancio y añejo, quien no la «corre» de joven, la «corre» luego de viejo, hay ciudadanos que tienen la sangre tan encendida, que, sin tregua ni cansancio, la «corren» toda su vida, sin que les sirva de freno en su «correr» desbocado, la trágica circunstancia de haber cambiado de estado.

Que a un joven «tiren» las faldas, no es un hecho extraordinario, aunque hay muchos pollos «bien» que sostienen lo contrario; pero que haya viejos «verdes», que vayan dando carreras, fatigosos y cansinos, detrás de las tobilleras, a todos parecerá, que es gana de hacer el «oso», y de exponerse, además, a un ridículo espantoso, porque como es de «boquilla» su cariño, no es «fetén», acaban ellas diciéndoles: «¡Anciano, la lengua ten!»

Aunque por lo regular, va el «tenorio» pregonando sus andanzas amorosas, hay quien las «mata callando», y con fingida apariencia de moralista taimado, «no hay ocasión ni lugar por su audacia respetado», ni mujer que, aunque presume de una conducta sin tacha, se le resista, que en lances amorosos es un «hacha», dándose tan buena maña para enamorarlas, que no le tiene envidia al «hijo» de Zorrilla (Don José).

TOMAS ALMODOVAR.

LECTURAS

EN EL YERMO

Ha sido aquí, en esta tierra vieja y pobre, presenciando el espectáculo de una raza depauperada e impotente, que en el declinar de su existencia muestra a los hombres encorvados, no sabemos si por el peso del sol o por la ignominia de un servilismo que no saben romper...

Si, en esta tierra sin direcciones que se va a todas partes, con el espíritu dolorido y en el corazón la flor ajada de una ilusión, sintiendo en el cerebro la obsesión de un sol alucinante y la santa rebeldía que inspira una gleba exenta de vitalidad, fué cuando mis ojos se dejaron atraer por los versos de la epopeya de Camoens y presté atención a la prosa de Eça de Queiroz.

leyendo «La ilustrada casa de Ramírez» he tenido la visión de un Oliveira, con su desliz monótono, con su vida inacabable de continuas insignificancias, con sus miserias y sus rencillas, cuando el autor nos dice, «en estas tierras pobres y comineras todo se vuelven miserucas».

He compartido con el «hidalgo de la Torre» su bondad y su melancolía y le tuve lástima cuando le faltaba voluntad «Porque el hombre solo vale por la voluntad y solo en el ejercicio de la voluntad reside el gozo de la vida» (Pag. 358)

Tiene la obra de Eça de Queiroz una facundia tan admirable que le hace guardar la serenidad y le impide caer en la garrulería de nuestros literatos modernos.

No es una novela afrosiaca, se conserva en los límites del naturalismo y sus páginas tienen el grato sabor de «madras» «trazados a la realidad»; que aún cuando esta es pobre, siempre es grato conocer los vicios.

Describe con un noble sentimiento patriótico, la política, lo que así llamaban en el Portugal manáquico y decadente. Nos dibuja, los anhelos de un hidalgo que sin mas méritos, que su nobleza, en un gesto de amoralidad política, logra ser Diputado «para bostezar con la inanimidad ambiente de los hombres y de las ideas» (Pag. 423).

Es Eça de Queiroz un taumaturgo, un reflejador excelente de la vida de su país, su inspiración inexhausta, hace amena la lectura de «La ilustrada casa de Ramírez» siendo quizá la página más hermosa aquella en que «toma el panegirico a los seres «sobrehumanos», y escribe, «mientras él

se encogía en su paletot de Diputado por Villa-Clara en el triunfo de esa miseria, pensadores completaban lo explicación del universo; artistas realizaban obras de belleza eterna; reformadores perfeccionaban la armonía social; santos mejoraban santamente las almas; fisiólogos disminuían el viejo sufrir humano; inventores ensanchaban la riqueza de las razas; aventureros magníficos arrancaban mundos a su esterilidad y a su mutismo» (Pag. 224).

He aquí toda una lección que no recogen los pueblos. ¿Qué beneficios reporta la «inutilidad» hecha Diputado? ¿Qué imán ata a los pueblos con el psitacismo de unos hombres mediocres, que son el desdoro de la civilización? «Es que los portugueses, los peores, deprimen a la patria, y los mejores ignoran a la patria» (Pag. 19).

De esa observación sutil de la vida lusitana, que se desprende de «La ilustrada casa de Ramírez» hay gestos y actos que revelan la fraternidad hispana; las mismas llagas por las que sangra Portugal, tratamos de curar a España. También Portugal siente la pesadilla africana y se oye a un pesadog: «Yo no creo en esas colonias ni en Africa. Téngole horror a Africa» (Pag. 436).

Existe una gran afinidad de pareceres entre los dos países iberos.

Nada le falta a la obra del escritor portugués; el campesino sagaz «atento a la realidad útil» interviene en ella, cuando pone en sus labios la frase del filósofo griego: «No vale la pena estragar una buena comida por causa de una mala política».

Obras como esta, son monumentos redentores de un país; imágenes reales y dolorosas de un pueblo dormido, tanto más amado por su autor cuanto más al desnudo muestra sus vicios. Pero, esto es un patriota aquel que enseñando los defectos de sus ciudadanos, va guiado por el noble afán de educar y purificar y eso solo la pluma al servicio del sentimiento honrado y de la razón puede hacerlo...

Y heme aquí, lector, en esta tierra curtida por el sol, embargado el ánimo por la fantasmagórica caravana de un futuro ignorado, llorando los pristinos recuerdos de un pretérito, en que el tiempo dejó una huella de melancolía; presenciando el espectáculo de una raza depauperada, que día tras día marcha más inclinada, como este sol que ahora, retorna su ojo de fuego, dirigiendo al yermo un tibio rayo de luz que sugiere hondas tristezas...

JORGE RUBIO GONZÁLEZ.

LAS MANIOBRAS MILITARES

EL MARCIAL ESTRUENDO...

En plan de maniobras militares, pernoctaron anteanoche en esta Ciudad unos 1 300 soldados, incluida su oficialidad, correspondientes a los Regimientos del Rey, León y 1.º de Artillería ligera, y fuerzas de Intendencia y Sanidad.

Permanecieron en esta población menos tiempo del que se suponía por virtud de órdenes superiores que les obligaron a marchar a las cinco de la madrugada hacia Ciudad Real, donde finalizarán las maniobras con la toma de dicha Capital.

Hubo por la mañana en la Glorieta un breve concierto, interpretado por la banda del Regimiento del Rey y por la noche en el Gran Casino un «conato» de baile, donde algunas bellas señoritas esgrimieron con éxito indudable y flechas de sus ojos...

Gran animación reinó en las calles, y no menos curiosidad al paso de las tropas. Lucieron los soldados sus peculiares marcialismos, dejando seguramente «malherido» el corazón de no pocas gentiles domésticas, boquiabiertas y admiradas de los sugestivos uniformes... [Las pobres chicas...]

«Doncellas pulcras y bellas, de alma frívola y mundana, ¡que dejan de ser doncellas de la noche a la mañana!»

LA TIERRA HIDALGA se halla integrada por los siguientes redactores y colaboradores:

REDACCION: Manuel Camacho Beneytez, Director; David Rayo; Redactor-jefe; Mariano J. Hernández, Administrador; Tomás Almodóvar, Rufo Fernández, Alberto López, Luis Buades, Rogelio Hernández de la Torre, Gabriel Vicente Ruiz Muñoz, Alfredo Calvo, Luis Rellimpo, Ramón Cañizares, José Almodóvar Múgica, Jesús Gómez Rodríguez, Alejandro Alcalde Redondo y Ramón Cabañas.

COLABORACION: Alejandro Alcalde, Carlos Calatayud, Graciano Gujarrero, Angel Dotor, Francisco Tolsada, Luciano de Cea, Ramón Carande, Miguel Sánchez Migallón, Francisco Morayta, Arturo Gómez Lobo, Ramón Solano, Manuel Tomé, José López Barberán, Antonio Aguado Martóni, Ramón Ordóñez Beixer, José Ramón Quesada, Claro Coello, Manuel Gómez Mourón, José Martínez Ruiz Mercedes Pinto, Manuel de los Ríos Mosquera y Antonio Aragón Capilla.

